

Los peronistas y las armas entre 1955 y 1966.

Marcelo Raimundo¹

Resumen: Argentina tuvo dos de las mayores organizaciones armadas de la Latinoamérica de principios de los años '70, Montoneros y el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), hasta que fueron desmanteladas por la dictadura que se instauró desde 1976. Como máxima representante de la guerrilla peronista, Montoneros desarrolló a lo largo de toda su historia una estrategia de guerra popular para llegar al poder. Pero ¿fue ésta siempre la concepción dominante que marcó la relación entre los peronistas y la lucha armada? En este trabajo abordaremos la etapa previa a la emergencia de aquella organización político-militar para adentrarnos en las políticas armadas que utilizó la militancia peronista con el objetivo de hacer retornar al General Juan Perón al poder luego de su derrocamiento en 1955.

Palabras clave: peronismo – lucha armada – militancia política – Argentina

Abstract: Argentina had two of the biggest armed organizations of Latin America in the early '70s, Montoneros and the ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), until they were dismantled by the dictatorship that was established since 1976. As the highest representative of the guerrilla peronist, Montoneros developed throughout its history a people's war strategy to take power. But ¿was it always the dominant conception that marked the relationship between the peronists and the armed struggle? In this work we address the previous stage to the emergence of this political-military organization to enter into the armed peronist politics used in order to return to General Juan Peron to power after his overthrow in 1955.

Keywords: peronismo – armed struggle – political militancy - Argentina

Los medios para exterminarlos importan poco, hemos dicho que a las víboras se las mata de cualquier manera. (Perón, 1956)

Introducción².

Hay un antes y un después en el desarrollo del movimiento guerrillero en Argentina, y que se produce en medio de la ola de movilizaciones de masa que estallaron a lo largo del país entre 1969 y 1971. Al calor de ellas, el fenómeno guerrillero fue cobrando un impulso creciente, que durará por lo menos hasta 1975, momento en que comienza a retroceder, hasta su derrota política y militar bajo la dictadura militar instaurada en 1976.

Con anterioridad a los estallidos populares, la opción por la lucha armada ya había sido tomada por algunos sectores de la izquierda marxista y peronista.. Desde principios de los '60

¹ Profesor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata y Doctorando en Historia en la Universidad de Buenos Aires. Integra el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET), formando parte del proyecto de investigación 'La conflictividad obrero-estudiantil y su relación con las organizaciones revolucionarias en La Plata, Berisso y Ensenada entre 1966 y 1973'.

² Este trabajo es una versión mejorada de un anterior artículo publicado en Cuadernos del CISH, n° 4, CISH-UNLP, 1998.

comenzaron a reconocerla como la ‘forma superior’ de lucha para la toma del poder por parte de varios grupos políticos. Desde un principio se plantearon variantes, y la que se impuso hacia fines de 1966 fue un tipo particular de concepción de lucha armada, conocida como estrategia de ‘guerra popular prolongada’.

Para el caso argentino, si tomamos como punto de referencia las experiencias armadas latinoamericanas, esta estrategia tomó rasgos particulares ya que se desarrolló mayoritariamente en espacios urbanos. Si bien existieron intentos de guerrilla rural, estos fueron más la excepción que la regla. Muchos autores han atribuido esta cuestión a la estructura social argentina, donde la mayoría de la población está radicada en las ciudades y donde existe uno de los movimientos obreros más fuertes y desarrollados de la región. Sin embargo, otros han señalado que la derrota del ‘Che’ Guevara en Bolivia durante 1967, término por reorientar los primeros intentos de establecer focos rurales³. La opción urbana término de asentarse con las rebeliones populares que espontáneamente estallaron en grandes ciudades del país entre 1969 y 1971, conocidas como el ‘Cordobazo’, el ‘Rosariozo’ y el ‘Viborazo’.

Dentro de los grupos guerrilleros que se identificaron originalmente (o a la larga) con el peronismo, la concepción del foquismo primó fuertemente en los hechos, más allá de su reconocimiento explícito o no. En la adopción de este camino para la construcción de un ejército revolucionario, no sólo tuvo que ver el ideario teórico-político que circuló por la militancia de aquél momento, como es el caso de la obra de Régis Debray, Abramham Guillen o Ernesto Guevara, sino también el fluido contacto y viajes de entrenamiento a Cuba que hicieron cientos de activistas políticos.

Ahora bien, si profundizamos la observación histórica de la política armada adoptada por los sectores populares en nuestro país desde 1955, encontramos que aquella estrategia se impone por sobre otras prácticas armadas que ya se venían ensayando debido al mismo desarrollo de las luchas sociales que se desatan a partir de esos años. Por ello, si exclusivamente nos detenemos a estudiar las expresiones que se manifiestan desde finales de los sesenta, no sólo se opaca gran parte del acontecer armado anterior, sino que también, nos restan elementos para pensar por qué se afirma dicha estrategia armada.

³ Este último argumento puede ser relativizado si tenemos en cuenta que una de las primeras experiencias de foquismo rural, las de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) se desarrolla durante 1968. Además, hacia mediados de

En este trabajo, enfocado en las prácticas armadas de los sectores radicalizados del peronismo entre 1955 y 1966, me propongo registrar las líneas de comportamiento político y las acciones de los activistas, tratar de sistematizar una serie de datos existentes en distintas publicaciones, como así también, sumar algunos hasta ahora no tratados por distintos motivos, para poder avanzar en el estudio de la lucha armada en la historia contemporánea argentina.

La caída del peronismo y el llamado a la rebelión.

El segundo gobierno del General Perón es derrocado en septiembre de 1955, vía un golpe de estado que se autodenominó ‘Revolución Libertadora’. Juan Domingo Perón era un militar de infantería, que a través de las posiciones de poder que alcanzó por su participación en el gobierno castrense iniciado en 1943, logró establecer una poderosa alianza con la clase trabajadora. Ocupando el cargo de Secretario de Trabajo y Previsión, dinamizó una serie de reformas y legislaciones laborales que otorgaron a los obreros derechos por los que venían luchando hacía décadas. Cuando en octubre de 1945 sus adversarios políticos y también sus antiguos compañeros de armas emprendieron una ofensiva que provocó su destitución y encarcelamiento, miles de trabajadores se movilizaron en varios puntos del país exigiendo su libertad. Aquél momento significó no sólo el nacimiento de una nueva fuerza política, sino también, la expresión de una identidad obrera que puso en crisis las tradiciones sindicales de izquierda de la clase trabajadora argentina.

Con esta base política popular, sumada a una serie de acuerdos con parte de grupos políticos tradicionales, gana las elecciones de 1946. Durante sus dos gobiernos, lleva adelante un programa nacionalista y de desarrollo industrial con la participación activa de los trabajadores en distintos ámbitos de poder. Esto terminó por reforzar aquella identidad obrera de una manera permanente, a un grado tal que, al día de hoy la mayoría de los trabajadores organizados se consideran ‘peronistas’. Hacia principios de los años 50’, el cambio de la situación internacional más los avatares de la coyuntura productiva interna ponen a la deriva el proceso económico en marcha y generan las condiciones para un rearme de la oposición, que se articula con varios sectores de las fuerzas armadas para llevar adelante una acción golpista. Luego de su caída Perón abandona el país, al que regresará triunfante 18 años después.

la década de los ’70, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) establece un destacamento guerrillero en la zona

En el exilio, Perón rápidamente retomó su labor política, y a partir de la correspondencia que mantiene con distintos personajes se pueden rastrear varios aspectos de las posiciones que adopta en relación con el tema que aquí nos ocupa. Por un lado, el ex presidente tiene la convicción de que se producirá una rápida caída del régimen que lo depuso, a raíz de lo que estima como errores políticos y económicos del nuevo gobierno. Pero por otro, advierte que no es del todo seguro que dicho proceso fuera capitalizado por él: “el momento actual es para mi uno de los más difíciles porque puede producirse una caída de los actuales dictadores sin que estemos en condiciones de tomar la situación con elementos seguros y de confianza”⁴. Es por esta razón que a partir de ese momento, combinará un constante esfuerzo por afianzar su conducción política, mientras estimula la acción hostigadora al régimen, y a partir de esta doble apreciación buscará articular una política de resistencia civil. Su idea será que la acción en manos del pueblo y bajo sus directivas, precipitará la caída del actual gobierno y además asegurará su caudillaje en el proceso, al “(I)mponer, por la resistencia, nuestra propia ley. Ellos estarán en nuestras manos mientras la resistencia se haga sentir en todas partes ... Esa es nuestra llave ... ”⁵.

El problema que significa mantener la efectiva conducción del movimiento popular será un tema prioritario y sus órdenes en este sentido permanecerán como una constante que marcará a fuego el desarrollo de la lucha peronista por largo tiempo. En palabras del general, esta “clase de lucha tiene la ventaja que no necesita la preparación ni organización, sino una gran dirección y los medios para hacer llegar las directivas correspondientes”⁶, “la última palabra la ha de decir quién disponga de una masa organizada y disciplinada para proceder”⁷. De esta manera, la organización será siempre algo secundario con respecto a la cuestión del liderazgo, preeminencia que entorpecerá la ya difícil estructuración de la ‘Resistencia’. Esta prioridad, también provocará a lo largo del período constantes tensiones en la relación entre Perón y diversos sectores de su movimiento, que manejan tiempos propios y se consideran preparados para acciones decisivas, frente a un líder que trata de imponer sus ritmos: “Es necesario no apurar la acción porque tiene como todas las cosas su maduración ... En política nada hay más peligroso que adelantarse.”⁸

selvática del noroeste argentino.

⁴ Carta de Perón a María de la Cruz, 5/6/56, en Amaral, S. y Ratliff, W. (1991), pag. 98.

⁵ Idem, pag. 98

⁶ Carta de Perón a Hipólito Paz, 13/2/56, en Amaral, S. y Ratliff, W. (1991), pag. 156.

⁷ Carta de Perón a María de la Cruz, 16/2/57, en Amaral, S. y Ratliff, W. (1991), pag. 147

⁸ Carta de Perón a María de la Cruz, 25/12/55, en Amaral, S. y Ratliff, W. (1991), pag. 85

La resistencia civil, forma indicada para enfrentar al régimen, tendría un definido carácter violento y Perón comienza a introducir un lenguaje acorde con ello en sus comunicaciones: “Hoy estoy persuadido del gran error cometido por mí al pretender realizar una revolución social incruenta. Las revoluciones sociales son cruentas y de exterminio ...”⁹. El objetivo fundamental era provocar el desorden: “las revoluciones sociales, como la nuestra, han partido siempre del caos en su consolidación y el caos está cercano, sólo que nosotros debemos provocarlo y no temerlo”¹⁰. Toda acción debía estar fortalecida moralmente por el odio, pues “si bien el ideal es una fuerza poderosa que da continuidad en el esfuerzo, el odio no lo es menos, porque asegura la intensidad del mismo”¹¹. De esta manera, la política violenta como forma práctica primordial aparece legitimada desde el mismo líder, quien define la situación en los siguientes términos: “Es necesario pensar que estamos en guerra y es necesario proceder como en la guerra”¹². Y el protagonista principal de esta violencia debería ser el pueblo.

Todos estos conceptos son vertidos con claridad a sus seguidores en las ‘Directivas generales para todos los peronistas’, que redacta en enero de 1956. Pero para observar las líneas de acción, organización y su finalidad concreta, nos debemos remitir a las ‘Instrucciones generales para los dirigentes’, redactadas el mismo año. En ellas, traza un plan de acción que consta de distintas etapas. La primera es la de resistencia civil, que podrá ser llevada a cabo tanto individual como colectivamente, siendo sus objetivos actos de no cooperación, terrorismo y sabotaje de distinto tipo con el fin de desgastar al gobierno. Llevar a cabo “miles de acciones de todo tipo realizadas por todos individual y colectivamente”¹³, tratando de cuidar la fuerza en recomposición, combatiendo “en la clandestinidad, sin ofrecer blanco”¹⁴. La idea subyacente era la de evitar un enfrentamiento frontal, que sería lo más conveniente para el régimen, donde se correrían grandes riesgos de sufrir una derrota, y en cambio hostigarla en pequeños combates, que a la vez “tienen una importancia portentosa tanto en la realidad como en la imaginación del

⁹ Idem, pag. 86

¹⁰ Carta Peron a Cooke, 10/3/57, en Correspondencia Perón-Cooke (1985). John William Cooke fue nombrado por Perón como su delegado personal entre fines de 1956 y 1959. Sus posiciones político-ideológicas fueron evolucionando durante esos años y posteriormente en su estadía en Cuba, al punto que se lo ha considerado uno de los mentores del ‘peronismo revolucionario’.

¹¹ Carta Peron a Cooke, 18/12/56, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985)

¹² Instrucciones generales para los dirigentes, en Correspondencia Perón-Cooke II (1985), pág. 392

¹³ Carta Peron a Cooke, 12/6/56, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985)

¹⁴ Idem.

Gobierno”¹⁵. Estas acciones irían a la vez organizando las fuerzas, y preparando el terreno para la acción siguiente: la huelga general revolucionaria. Todo el plan, para ser fulminante, debería tener un carácter total y firme, pues en caso de ser doblegado, sería un fracaso definitivo. Para asegurar que esto no ocurra habrá un herramienta más: la guerra de guerrillas, “acción activa de elementos irregulares que hacen la guerra de recursos, es decir, donde pueden actuar sin presentar nunca una acción decisiva” y donde “el enemigo debe verse atacado por un enemigo invisible que lo golpea en todas partes, sin que él pueda encontrarlo en ninguna”¹⁶. Con esto nos acercamos a un punto de nuestro interés: la cuestión militar en la toma del poder.

Se podría decir, que el pensamiento táctico de Perón en esta etapa está caracterizado por dos aspectos: 1) una decisiva toma de partido en cuanto al método: “En esta hora argentina, sólo la insurrección nacional es el hecho histórico”¹⁷; y a la vez, 2) un duro enfrentamiento al golpismo: “En vez de pensar en revoluciones militares ... el pueblo tiene que hacer guerra de guerrillas”¹⁸. Desde los primeros tiempos que siguieron a su derrocamiento, Perón comenzó a manifestar una fuerte crítica a las actividades y conspiraciones golpistas, denotando resquemor hacia aquellos que, ahora rebeldes, en su momento lo traicionaron. Si bien se puede afirmar que en su estrategia cotejaba la culminación del proceso insurreccional con un hecho militar, y que éste sería afrontado con un “levantamiento civil y militar”¹⁹, se preocupará constantemente por educar al movimiento contra el golpismo -lo que sólo implicaría “salir de las manos de una dictadura para caer en otra”²⁰-, en pos de acentuar la resistencia civil, único camino para asegurar que el pueblo y él mismo, lleguen al poder²¹.

¹⁵ Carta de Perón a María de la Cruz, 5/3/56, en Amaral, S. y Ratliff, W. (1991), pág. 96

¹⁶ Instrucciones generales para los dirigentes, en Correspondencia Perón-Cooke II (1985), pág. 393. Aquí sería pertinente aclarar el sentido de la guerra de guerrillas. En este caso se trata de un método de lucha que no está inserto en una estrategia de guerra popular prolongada, caso en que cumple el papel de núcleo original del ejército popular. Aquí la guerra de guerrillas cumple una función de desgaste y preparación de una situación en que una fuerza regular daría la batalla final.

¹⁷ Carta de Perón a María de la Cruz, 5/12/56, en Amaral, S. y Ratliff, W. (1991), pag. 139. También en carta a Cooke, 3/11/56 y carta a Hipólito Paz, 10/1/57.

¹⁸ Carta Peron a Cooke, 12/6/56, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985)

¹⁹ Carta de Perón a María de la Cruz, 10/4/56, en Amaral, S. y Ratliff, W. (1991), pag. 106. En la carta al padre de John William Cooke del 18/12/56, Perón cuenta que "Tenemos mucha gente comprometida en el Ejército ... pero ellos podrán ser sólo útiles para la etapa que el pueblo debe cumplir en la insurrección para el final, que se producirá en el momento en que el caos se haga presente y la canalla dictatorial quiera reaccionar violentamente como acostumbra", en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), pág. 44

²⁰ Carta Peron a Cooke, 12/6/56, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985) pág. 11. Una caracterización de Perón: "Los militares que, descontentos por la acción de la dictadura, se manifiestan contrarios al régimen dictatorial, no dejan de ser los mismos que se confabularon para derrocar al régimen constitucional y, en consecuencia, cualquier

Al enumerar los factores negativos del golpismo, no sólo cuentan los que se refieren a las perturbaciones que provoca en el desarrollo y organización de la resistencia -por los desvíos y retrasos que ocasiona-, sino además, los efectos represivos que luego se pueden desatar tanto sobre el pueblo, el peronismo y los militares alzados. Lo consideraba también, un factor poco seguro a la hora de actuar: “Estoy de acuerdo que sin contar con fuerzas el asunto es muy difícil pero también creo que es muy difícil contar con fuerzas que peleen ... Lo peligroso es que nos metan en algo y luego se decidan a no salir. Yo conozco mucho a esa gente ... se deciden cuando hay éxito sino se echan atrás.”²²

Que el problema militar de la insurrección no era un asunto de poca importancia, se puede advertir también en las apreciaciones que John William Cooke vierte al líder: “La parte obrera está a punto y ansiosa por contar con apoyo militar para una Insurrección. Pero el debilitamiento de la Tiranía no es tan grande como para que podamos pensar en un triunfo sin ayuda de las fuerzas armadas”, “El movimiento obrero presiona sobre el Grupo de Ocupación, pero no puede por sí mismo desatar la insurrección general. Necesita, por lo tanto, contar con otras fuerzas (un cierto porcentaje de apoyo militar y la colaboración de los grupos civiles organizados)”²³. Pero el reconocimiento de esta necesidad no debería llevar a los malos entendidos que –por el énfasis puesto por Cooke y Perón en varias cartas– parecen estar presentes en el movimiento peronista, y se relacionan con pensar que sólo el levantamiento militar aseguraría el triunfo de la insurrección; de esto, a poner todas las esperanzas de triunfo en un golpe militar, hay sólo un paso²⁴. A lo largo del diálogo entre ambos personajes, siempre existirá la preocupación de aclarar el fundamental carácter político que debía tener la insurrección por sobre el momento militar.

arreglo con ellos será a la postre una vistoria a lo Pirro para nosotros.” Carta de Perón a María de la Cruz, 5/3/56, en Amaral, S. y Ratliff, W. (1991), pag. 97.

²¹ Analizando la derrota de la Revolución Rusa de 1905, Perón considera que “Todo ello sucedió porque la revolución social no había creado el estado insurreccional para aprovechar el éxito de un golpe de mano. De ello parece inferirse que lo fundamental, en este tipo de revoluciones no es el golpe de estado en sí, sino la preparación adecuada del estado insurreccional”, carta de Perón a Hipólito Paz, 7/9/57, en Amaral, S. y Ratliff, W. (1991), pag. 170.

²² Carta de Perón a Cooke, 22/11/57, en Correspondencia Perón-Cooke II (1985), pág. 46.

²³ Carta de Cooke a Perón, 14/11/57, en Correspondencia Perón-Cooke II (1985), pág. 9 y 18.

²⁴ Cooke enfatizará que, “Enhorabuena que el Ejército nos apoye ampliamente, pero las organizaciones insurreccionales del pueblo no pueden subordinárseles ni delegar la obtención de los resortes del poder.” en carta de Cooke a Perón, 11/4/57, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), pág. 72.

De ambos, el que más reacio se mantuvo frente al tema fue Perón²⁵. Tenía poca confianza en unos aliados militares, quienes lo eran por que habían sido desplazados por sus antiguos compañeros de la Revolución Libertadora, ya que el grueso de oficiales y suboficiales abiertamente peronistas habían sido casi totalmente purgados en los primeros tiempos de aquella. La política que propugnaba el líder hacía los militares en actividad entonces era: 1) lograr su participación, “(...) preferentemente pasiva, es decir no luchar ni en favor ni en contra, que es la mayor participación que se puede conseguir ... deben conformarse con neutralizar a las contrarias y la mejor manera de neutralizar es no haciendo nada y amenazando todo”²⁶, es decir tratando de provocar la inactividad militar; 2) a través de esos militares leales, provocar intrigas y explotar las diferencias, a fin de fomentar conflictos internos; y 3) subordinarlos al movimiento, mediante un trabajo político, “(...) debemos mantener con ellos una actitud cordial y amistosa ... persuadiéndoles en que deben estar en las tareas de conjunto, como todos los demás. Ellos pueden trabajar sobre los militares pero no deben olvidar que son peronistas.”²⁷

La Resistencia.

El período iniciado con el golpe de 1955 significó para la clase obrera el comienzo de una etapa de agudización del conflicto de clases, caracterizado por un decidido ataque de la burguesía a nivel de las relaciones de trabajo, el cual a través de una racionalización de la producción, busca aumentar la productividad, y de la mano del Estado, revertir la redistribución de ingresos llevada a cabo por el gobierno peronista. Los obreros enfrentaron decididamente esta política en sus lugares de trabajo, apoyándose en las comisiones internas fabriles, pues los sindicatos estaban intervenidos.

Con estas luchas, se articula la llamada Resistencia Peronista, estimulada por el refuerzo de la identidad peronista en la clase trabajadora, muy a pesar de lo que desde el nuevo régimen se pensó que sucedería. En las fábricas, en un marco de participación y democracia de bases, comienza a formarse una nueva capa de dirigentes, no exclusivamente pero en su mayoría peronistas, que encabezarán la resistencia sindical. Con todo, el fabril fue sólo uno de los frentes

²⁵ Siguiendo las cartas de Cooke, este por lo menos hasta 1959 mantiene contacto con militares. Recién en 1960, estando ya en Cuba, opina que "Postular que debemos influir sobre los factores de poder (Ejército e Iglesia) para que nos ayuden o nos perdonen, es una traición." Carta del 7/8/60, en Correspondencia Perón-Cooke II (1985), pág 166.

²⁶ Carta de Perón a Cooke, 17/5/57, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), pág 121.

²⁷ Carta de Perón a Cooke, 21/4/57, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), pág 83.

de la Resistencia, que en su conjunto abarcó una variada gama de actividades, en las que la violencia fue el patrón dominante. Este accionar, tuvo como principal protagonista a los ‘comandos’, que permanecen en funcionamiento hasta 1960.

Abordar el análisis de los comandos resulta complejo desde un principio, pues comprenden una diversidad de experiencias que comienzan a vivirse luego del golpe septembrino y que tendrán distintas dinámicas, ya sea por el ámbito concreto donde se dan, por los metas particulares que persiguen, y por la composición social que poseen. Así podemos encontrar comandos fabriles, con composición netamente obrera (de una o de distintas fábricas) y cuyos objetivos rondan el sabotaje a la producción y la realización de acciones de apoyo a huelgas y paros. También se forman comandos barriales, que se dedican a hacer pintadas y volanteos, a enfrentar a los comandos civiles antiperonistas y a apoyar los conflictos fabriles. En otros casos encontramos comandos con una composición heterogénea, que incluye profesionales, trabajadores, ex-militares, que se dedican a acciones de sabotaje contra edificios públicos y transportes, y realizan atentados de diverso tenor. Tener en cuenta esta pluralidad es indispensable a la hora de abordar un fenómeno que ha tendido a ser homogeneizado por su posterior operacionalización como mito político. Aquí prestaremos especial atención a los llamados comandos clandestinos, “organizaciones eminentemente políticas”²⁸, que en su mayoría continuaron en la senda de la intransigencia y la violencia, frente a las posibilidades de participación legal y semi-legal que prontamente se abrieron, y que fueron los principales núcleos desde donde se estructuró la política armada peronista.

La diversidad de matices que tienen los comandos, se mantendrá en todo el período de la Resistencia, en razón de la débil organización que alcanzan. Las razones de esto se encuentran, por un lado, en la constante represión estatal, que no disminuye en intensidad hasta dar un golpe de gracia con el plan Conintes (estado de Conmoción Interior del Estado) puesto en marcha en marzo de 1960 durante la presidencia de Arturo Frondizi, momento en el que se desarmaron casi la totalidad de grupos todavía en operación. Por el otro lado, las mismas vicisitudes presentes en el movimiento peronista dificultarán su articulación: “(L)a República está sembrada de células, que trabajan con entusiasmo aunque anárquicamente. Aunque nuestra gente se va formando aceleradamente, aún estamos escasos de hombres con verdadero sentido y capacidad

²⁸ James (1990), pág. 123

organizativa.”²⁹. Un indicador de la desorganización reinante se pueden ver también en el constante llamado en los mensajes de Perón, a organizar el movimiento. El problema de la existencia de personas que invocando cierta autoridad – por ejemplo, en base a supuestas cartas de Perón, fueran éstas verdaderas o falsas– procuran subordinar a distintos grupos, provoca también grandes dificultades: “Cuando la falta de modestia los empuja a buscar jefaturas excesivas, los resultados son siempre iguales: resistencia de los que dirigen otros grupos y pérdida de seguridad, sacrificada al ansia de aumentar volumen en hombres y territorio”³⁰. Reconociendo este punto, la tarea que se dio el Comando Táctico, dirigido por Cooke, fue la de coordinar en vez de unificar, manteniendo la individualidad y libertad de acción. Esta política – que por otra parte no tuvo grandes resultados- se dio en medio de una constante pelea del mismo Cooke por hacer valer su autoridad en el movimiento, y además, dentro de una lucha por la primacía entre los mismos comandos, que parece haber estado bastante difundida; se daban situaciones donde “cada grupo habla como si representase toda la Resistencia cuando en realidad representa un porción mínima de la misma.”³¹, o que exageraran “la magnitud que suelen adjudicarle los que dirigen los diferentes grupos ... Después de cada acto de sabotaje me llegaban mensajes de varios grupos que se adjudicaban el mérito”³².

Los comandos en general y más allá del ámbito en que se originan, se ligaron en mayor o menor medida a la lucha que se entabla por la recuperación y reorganización de los sindicatos, participando o apoyando distintos conflictos laborales a lo largo del período 1956-1959; fueron momentos en que la lucha sindical estaba generalmente acompañada por acciones violentas, tanto sabotajes como atentados. Esta relación, que era reforzada por la ayuda recibida por los sindicatos, se empieza a resquebajar a medida que se van recuperando las conducciones gremiales y los nuevos líderes ven las ventajas de moverse en la legalidad. Por el mismo éxito de la Resistencia en el plano gremial, comenzará una tensión por “lo que se refería a las funciones de los sindicatos recién reconquistados”³³, quedando a la larga, esta relación entre los comandos y el movimiento obrero, reducida principalmente al sector que agrupaba a viejos dirigentes, que “consideraban la insurrección y la huelga general para traer de vuelta a Perón

²⁹ Carta de Cooke a Perón, 11/4/57, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), pág 59.

³⁰ Idem, pág. 60.

³¹ Carta de Cooke a Perón, 1/9/58, en Correspondencia Perón-Cooke II (1985), pág 83.

³² Carta de Cooke a Perón, 11/4/57, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), pág 58.

³³ James (1990), pág. 119.

como el objetivo último de sus actividades sindicales”³⁴ y que a partir de esto se diferenciaban con la actitud de los nuevos líderes. La actitud de darse una política para los espacios legales que comenzaba a abrir el gobierno, no sólo empezaba a ser tenida en cuenta por esta nueva camada, sino también por la hasta ahora intransigente conducción del movimiento; tanto por Perón –sobre todo después de los resultados de las elecciones de 1957 que confirmaron el capital político electoral con el que aún contaba–, como por Cooke, que veía todavía la debilidad de una salida insurreccional: “¿Se dan en la Patria esas condiciones? Todo indica que no; que todavía no hemos alcanzado una conciencia insurreccional que haya prendido en el Movimiento como *única* salida, ni el grado de descomposición de nuestros enemigos indica que su capacidad de resistencia y de lucha se haya rebajado de una manera sustancial”³⁵.

El efecto de este golpe de timón, fue recibido de distinta manera por los comandos clandestinos. Si bien puede dar la impresión de que los comandos se mantuvieron intransigentes a toda apertura³⁶, también podemos observar que “Los Comandos que estaban agrupados por Lagomarsino y Marcos (ocho en total) se reunieron, expulsaron al propio Lagomarsino y a Marcos, y por 6 votos contra dos resolvieron acatar la autoridad legítima del Movimiento y enviaron una delegación a coordinar todo conmigo”³⁷.

Los militares peronistas.

Como ya vimos, la estrategia insurreccional adoptada por el peronismo en estos años, planteaba inevitablemente la cuestión de cómo se resolvería el necesario enfrentamiento armado con las fuerzas del régimen. De ahí la importancia que tenía el tema de los militares leales, de “una fracción militar –un sector minoritario pero dispuesto a combatir en apoyo del Pueblo– en las fuerzas armadas” en todos los planes que proyectaban la toma del poder³⁸. El grupo de los “militares” comprendía tanto a los que estaban en actividad –y eran considerados nacionalistas, filoperonistas o peronistas–, como a los retirados, en general dados de baja en distintas purgas y

³⁴ Idem, pág. 120.

³⁵ Carta de Cooke a Perón, 28/8/57, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), pág 307

³⁶ James (1990), pág. 122.

³⁷ Carta de Cooke a Perón, 1/9/58, en Correspondencia Perón-Cooke II (1985), pág 89. Raúl Lagomarsino y César Marcos eran dirigentes de la línea más intransigente.

³⁸ Se percibió también que la necesidad de una fuerza armada ‘leal’, iba más allá de un posible triunfo: “Hay fuerzas militares que colaborarán con nosotros en la insurrección general. Y, una vez que triunfemos ... necesitaremos un

que formaban parte o estaban en contacto con los comandos clandestinos³⁹, y a partir de los cuales se establecían nexos con los militares que estaban en actividad.

Claro está que el momento del esperado enfrentamiento militar nunca llegó, pero existieron tanto preparativos como intentos de golpe, que nos dan un panorama de la dinámica efectiva. Los levantamientos tenían características civico-militares y en general el esquema giraba en torno al copamiento de cuarteles por parte de los militares y ex-militares y se “partía de la base de que sería posible convencer a suficientes oficiales en actividad que se jugaran al bando rebelde”⁴⁰, es decir tratando de no llegar al uso de armas entre pares. Toda la operación se mantendría con estricta dirección militar. El papel de los activistas civiles era totalmente secundario y consistía por ejemplo, en sabotajes, tomar estaciones ferroviarias, nudos de comunicación (radios, centrales telefónicas), etc. Había un detalle en todos los planes, los civiles serían armados recién cuando se lo considere necesario: “La explicación que daban en aquel momento, es que no era necesario, que la cantidad de fuerzas comprometida era tan grande y que las operaciones que debían realizar los grupos civiles eran de una importancia tan relativa, que mucho no se justificaba tener las armas de antemano; primero era necesario consolidar los objetivos militares básicos, es decir, la toma de los cuarteles principales y a partir de ahí, si las circunstancias lo indicaban, recurrir al reparto de armas”⁴¹.

Corría entre el activismo peronista de aquel momento, una fuerte cosmovisión relacionada con este tema: el retorno de Perón era “cosa que todos creíamos que era posible en un plazo perentorio y nadie soñaba con algo más allá de fin de año, si alguno se hubiera atrevido a pensar en un plazo prolongado a 2 o 3 años hubiera sido tildado de loco”⁴². En esta perspectiva catastrofista, cuajaba perfectamente la idea de un golpe militar: “La gente peronista en esa época la cosa la quería ya, pero la mayoría se aferraba al uniforme de un milico, pensaban que eso les iba a solucionar el asunto ... todos los días surgían noticias de una nueva conspiración”⁴³. Por entonces, el compromiso de estos sectores con el peronismo parecía indudable, “(...) existía una

ejército, y que esté identificado con el pueblo”. Carta de Cooke a Perón, 28/8/57, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), págs. 309 y 312

³⁹ Hubo casos de comandos exclusivamente formados por personas de origen militar.

⁴⁰ James (1990), pág. 203.

⁴¹ 1955-1958. Documento inédito. Archivo Movimiento Revolucionario 17 de Octubre (MR17). Sin fecha, pág 13. El MR17 fue una organización peronismo revolucionario de principios de los años '70, que contaba entre sus integrantes con protagonistas de la Resistencia.

⁴² Idem, pág 10.

enorme confianza en las FFAA ... todo esto se robustecía porque militares peronistas complotados existieron desde un principio ... tanto en la oficialidad como en la suboficialidad, tanto en la actividad como fuera de ella, además hay que tener en cuenta que a partir de 1955 se empieza a dar de baja a numerosos oficiales y suboficiales ... de manera que no había motivos para no pensar en la colaboración, sino en la dirección que le cabía en la FFAA en la recuperación del gobierno y en la vuelta de Perón”⁴⁴. (sic)

Para tener una idea de la fuerte apuesta del activismo a estos sectores, un testimonio de sus consecuencias puede servir como ejemplo: “Al pasar, le cito un caso entre tantos. Un muchacho textil, vivo, de esos ‘que se las conocen todas’, apareció en el Departamento de Policía detenido, junto con muchos compañeros. Yo conseguí hablar con él –el personal de la Federal, no siendo los jefes, es peronista– y le reproché que no hubiera seguido las directivas terminantes que se habían hecho circular. Me contó que se negó varias veces a participar en revoluciones que le anunciaban, hasta que un militar lo llevó, en un avión de Aeronáutica, hasta la Base de Córdoba, donde habló con el Jefe y el Subjefe de la misma, quienes le manifestaron que se levantarían contra el gobierno. Recién entonces dio una lista de compañeros dispuestos a participar. Como todo era una trampa, fueron a parar a la cárcel. A otros dirigentes obreros se los llevó a San Juan o a Mendoza y también se les hizo hablar con el jefe del Regimiento, quien siempre se mostraba decidido a salir con sus fuerzas en apoyo de la pretendida insurrección. Así, los servicios de informaciones han conseguido detener y conocer a muchísimos núcleos obreros”⁴⁵.

Este no era sino uno de los problemas que ocasionaba la adhesión a este tipo de política, que iba totalmente en contra de lo indicado reiteradamente por Perón. Trocar insurrección por golpismo, no sólo conducía a fracasos –en algunos casos con grandes consecuencias represivas – como el golpe de Junio de 1956⁴⁶–, sino que conspiraba contra la organización de la Resistencia y frenaba la subordinación de los militares a la línea política general. Evidentemente en los comandos predominó esta actitud no sólo de simpatía, sino de pleno apoyo a los intentos

⁴³ Testimonio de Hector Saavedra en Salas (1989), pág 73 y James (1990), pág. 117.

⁴⁴ “1955-1958”. Documento inédito. Archivo del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre. Sin fecha, pág 10.

⁴⁵ Carta de Cooke a Perón, 11/4/57, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), pág 59.

⁴⁶ Este intento de rebelión militar se inició en el Regimiento 7 de la ciudad de La Plata. Las represalias tomadas sobre los insurrectos, dio origen al mote de “La Fusiladora”, a raíz de los fusilamientos militares y civiles clandestinos realizados.

golpistas. Pero al parecer, no faltaron quienes no pensaban lo mismo, y llevaron a opinar a Cooke que: “Rechazar en bloque a todos los militares como quiere algún sector extremista del Movimiento es pueril ... existen militares ... que son capaces de jugarse la vida por el peronismo. Hay que integrarlos ... y no segregarlos”⁴⁷

Objetivos y armas.

Los objetivos que se proponían los comandos resistentes apuntaban a desgastar a la “canalla dictatorial”, a través de una variada gama de acciones. Desde enfrentar públicamente a comandos civiles antiperonistas o romper actos, hasta bombas en domicilios de militares; de sabotajes fabriles contra la producción a la destrucción de vías, plantas eléctricas, edificios públicos, puentes e instalaciones militares. Amaral (1993) contabiliza entre enero de 1956 y diciembre de 1957 la colocación de 230 bombas, con un pico de más de 80 en los meses de junio y julio de ese año. Llegado el gobierno de Arturo Frondizi, se dirigen también contra bienes de propiedad extranjera. Estas acciones que fueron creciendo, con una breve tregua durante los primeros meses del gobierno desarrollista, y llegaron a un pico en 1960⁴⁸, nunca se orientaron a un enfrentamiento con las fuerzas de seguridad. Esto se corrobora fácilmente si se identifica el armamento que fue utilizado y en qué forma se lo usó.

El arma por excelencia fue el explosivo. Los 'caños', que predominaron durante los primeros años de la resistencia, “eran instrumentos rústicos, caseros, hechos a base de pólvora y reacción a ácido, toda una tradición de lucha que venía de los anarquistas de principio de siglo”⁴⁹. Casi la totalidad de este armamento era fabricado artesanalmente, recurriendo al aporte técnico de activistas, que ahora peronistas, provenían de diversas experiencias políticas⁵⁰. En general, se robaban elementos de los lugares de trabajo y por un largo tiempo se contó con muy poca gente especializada en el tema. Recién después de 1958 se pueden encontrar datos de la participación de técnicos en explosivos, cuestión que se relaciona también con que se comienza a

⁴⁷ Carta de Cooke a Perón, 28/8/57, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), pág 312.

⁴⁸ James (1990), pág. 200. Baschetti (2006) cita un informe confidencial del ejército que data de 1961 Entre el 1° de mayo de 1958 y el 30 de junio de 1961 ocurrieron: 104 incendios de establecimientos fabriles, plantas industriales, vagones ferroviarios, campos de estancieros, buzones con correspondencia oficial etc. 440 actos de sabotaje varios (obstrucción de vías férreas, perdidas intencionales de combustible, derroches de agua corriente, destrucción de medidores eléctricos y de gas, cortes de cables telefónicos y telegráficos, ataques a miembros de seguridad, etc). 1.022 colocaciones de bombas, cargas explosivas y petardos.

⁴⁹ Chaves-Lewinger (1998), pág. 32

⁵⁰ Por ejemplo, las técnicas de lucha callejera se dice que provenían de ex-activistas de la Alianza Libertadora Nacionalista, un grupo de derecha.

usar otro tipo de explosivo: la dinamita o gelinita, que se obtuvo comúnmente por robo a minas. Este cambio en los medios utilizados implicó por un lado, el aumento en la cantidad y el poder de los atentados, y por otro, el comienzo de una no tan sutil subordinación de los grupos que actuaban a los que poseían dichos medios –por ejemplo algunos sindicatos o el Comando de Operaciones de la Resistencia (COR)–; los recursos al momento de su reparto, “generalmente venían precedidos de una cierta orientación”⁵¹. También confirman la línea de no enfrentamiento con fuerzas armadas dos elementos: 1) Los comandos generalmente poseían armas de fuego cortas -revólveres o pistolas- pero sólo como protección; para cumplir los objetivos propuestos, esta arma no se consideraba necesaria, 2) Otro tipo de armas, que podrían estar orientadas a enfrentamientos de mayor nivel, cumplieron otras funciones: “(A) la granada se le adosaba una mecha y era una especie de bomba de mano. De hecho este tipo de armamento no se llegó a utilizar nunca, al menos, para los fines que fueron fabricados sino se utilizó como bomba”⁵². Además, se podría afirmar que la política armada de los comandos, por lo menos y en general hasta 1960, se orientaba más que a la apropiación de armamento, a la destrucción del mismo. Las acciones hacia objetivos militares consistieron en actos “como la colocación de una bomba en la fábrica militar de Villa Martelli” o “contra el depósito de armas del Colegio Militar”⁵³.

El armamento propiamente militar fue un elemento problemático de la Resistencia y un constante instrumento de manipulación. Habría que recordar aquí, que éste tiene no sólo un mayor poder material sino también determinado poder simbólico. Para la militancia –y no sólo para ella–, es diferente poseer un revólver a tener un fusil o una ametralladora; el arma militar habilita para otro tipo de enfrentamiento y por ello no es casual que abunden en los relatos de la época la reticencia que hubo desde los sectores militares del peronismo, basada en distintas excusas según el momento, a entregar este tipo de armas a civiles. Quizás por otros motivos, también encontramos esta actitud en otros organizadores del movimiento: “De muchas partes piden armas, pero sería un error entregarlas con anticipación”⁵⁴. Lo que es indudable, es que la posesión –verdadera o supuesta– de las armas, otorgaba a quién la detentaba la adhesión y sujeción de los desarmados. El tema de la entrega de armamento, que no fue algo menor para el

⁵¹ “1958-1959”. Documento inédito. Archivo del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre. Sin fecha, pág 1.

⁵² “1958-1962”. Documento inédito. Archivo del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre. Sin fecha, pág 4.

⁵³ James (1990), pág 115.

⁵⁴ Carta de Cooke a Perón, 28/8/57, en Correspondencia Perón-Cooke I (1985), pág 304

activismo político, fue erosionando con el tiempo la inicial confianza que había hacia los militares.

El fin del golpismo: la ‘desmilitarización’.

Se ha dicho en varios textos, tanto militantes como académicos (Amaral, 1993), que la derrota del intento del General Valle en 1956 habría provocado que se deje a un lado la búsqueda de militares ‘salvadores’, y el debilitamiento de la visión catastrofista, que creía en un inminente regreso de Perón. Sin embargo, algunos testimonios pueden llevarnos en otro sentido: “Hay que decir que la actividad golpista no se detuvo con el fracaso del 9 de Junio de 1956, sino que fue permanente, que a la militancia se la tenía constantemente ocupada en la preparación del próximo golpe, que siempre se anunciaba 15, 20 ó 30 días por delante; y siempre había un motivo, por supuesto que justificaba la postergación.”⁵⁵ Esto tuvo que ver, con la forma en que fue procesado –por el activismo resistente de la época– el fracaso de la asonada militar: “No hubo pues un análisis crítico y la experiencia se ha de repetir posteriormente, ya vamos a ver en 1960 con resultados no tan desastrosos en cuanto a la pérdida de vidas, pero sí en cuanto significó una pérdida enorme de tiempo. Entre uno y otro intento tenemos 4 años y 4 años y medio. Pero entre uno y otro intento se alimentó constantemente esa posibilidad, o sea que el fracaso del 9 de junio de ninguna manera significó para los militantes de esa época el fracaso de un método, significó pura y exclusivamente un accidente algo así como un fracaso táctico”⁵⁶.

Es más, podemos ver que en un clima de retroceso general de las luchas, de desmovilización y apatía en las bases obreras, de una escalada represiva que se inicia en marzo de 1960 con la incorporación de las fuerzas armadas en actividades antiterroristas: “El fracaso de la actividad insurreccional, o mejor dicho, la detención de las actividades de la Resistencia en un porcentaje bastante significativo por aplicación del Plan Conintes, la dispersión de los cuadros, la quiebra de los organismos provinciales existentes, no significa ni mucho menos la de la actividad conspirativa, golpista, que en condiciones como las que aparecen en este momento, pasan a primer plano”⁵⁷. Pero, el 30 de noviembre de 1960 el general retirado Miguel Iñiguez intenta el

⁵⁵ “1958-1962”. Documento inédito. Archivo del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre. Sin fecha, pág 2.

⁵⁶ “1955-1958”. Documento inédito. Archivo del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre. Sin fecha, pág 12.

⁵⁷ “1958-1962”. Documento inédito. Archivo del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre. Sin fecha, pág 2.

último y fracasado intento golpista llevado a cabo. A él se pliega la mayoría de la militancia más combativa todavía libre –no encarcelada por el Conintes–, pero sólo cuentan con el apoyo de unos pocos sindicatos, que aportan algunas armas, móviles y lugares de reunión para esperar la hora de entrar en acción. Los sindicalistas que seguían comprometidos en esta línea eran pocos, en su mayoría ya no estaban en la actividad gremial y tenían poco poder de convocatoria.

Aunque no exclusivamente por ese hecho, entramos ya en un período que puede ser considerado un punto de inflexión, a partir del cual comenzará a conformarse una concepción distinta acerca de cómo resolver la cuestión militar. Se abandonará entonces la esperanza de encontrar militares peronistas dispuestos a combatir y los esfuerzos se volcarán hacia la construcción de una fuerza militar autónoma, nacida de los mismos grupos militantes, y que todavía se mantendrá dentro de los cánones insurreccionales planteados desde 1956. Observamos antes que la expectativa en los militares no era compartida por todos los activistas de la Resistencia; pero esta tendencia, en otro momento débil, desde mediados de 1959 comienza a cobrar fuerza en diversos sectores del activismo peronista, muchos de ellos inconexos, pero que el calor de la lucha los sitúa ante los mismos dilemas⁵⁸.

La primer experiencia que expresa –aunque en tensión y débilmente– la forma en que se resolverían estos dilemas en la década posterior, es la de los llamados “Uturuncos”. Mitificados por la izquierda peronista de los años setenta por haber sido el primer intento de guerrilla, se asentaron entre fines de 1959 y principio de 1960 en la zona de cerros entre las provincias de

⁵⁸ La visión de la descentralización de los comandos ha sido la predominante en tanto en las memorias militantes como en los textos académicos. Un ejemplo lo podemos ver en el testimonio del militante peronista de la resistencia Rolando Hnatiuk: “En La Plata se habían formado cinco células, que no se conocían entre sí. El único que las conocía era yo. Volví a organizar el circuito de entrega de materiales. El sistema funcionaba como una cadena: unos grupos robaban los materiales, otros armaban los explosivos, otros los traían a La Plata, y se entregaban a las células que eran las encargadas de realizar los operativos. Dentro de esa cadena mi función era recibir los materiales, para luego hacer las entregas a las células de acción directa.”, en <http://www.relatosdelperonismo.com.ar/>. Sin embargo, no sólo esto mismo puede ser leído como un caso de coordinación y desarrollo organizacional interesante, sino que a través de variados testimonios se pueden percibir que había una diversa y rica red de contactos, que excedían la mera actividad asignada o asumida. Por ejemplo en el relato de Felix Serravalle se pueden ver situaciones como estas: “Nos dijeron, salgan ustedes primero muchachos!! Y en eso estaba el general Iñiguez, yo tuve una reunión ahí en Buenos Aires con Don Arturo Jauretche, con Don Adolfo Silenzi de Stagni, que fue el hombre que me preparó; por que cuando usted inicia un movimiento tiene que tener alguna consistencia de tipo que tenga que ver con la soberanía del país ... nosotros con el asesoramiento de Don Adolfo, Arturo Jauretche, el hermano de Frondizi, Silvio, que era el fundador del Praxis ... No, no, vino a apoyarnos un señor ... Abraham Guillen ... Un día, a los hombres que formamos la resistencia, el gobernador de la Provincia me llama a mí y a otro compañero de apellido Ibañez, el negro Ibañez, que ya éramos la cabeza notable de la resistencia peronista, para preguntarnos qué haríamos en el caso de que, porque se hablaba del golpe a Frondizi. Entonces me lleva, y me muestra el armamento que había

Santiago del Estero y Tucumán. Sí bien irrumpieron públicamente en la nochebuena del 59 tomando una comisaría en el pueblo de Frías, sus primeras acciones datan de unos meses antes. Tuvieron su origen en un comando clandestino llamado “17 de Octubre” que actuaba en el noroeste del país y entre sus mentores figura Abraham Guillén, un revolucionario que peleó en las filas anarquistas durante la Guerra Civil española. Es difícil establecer dentro de qué estrategia se manejaron, pero tácticamente uno de sus líderes, Félix Serravalle (*Comandante Puma*), aseveró en una entrevista: “Nosotros pensamos que una experiencia similar a la cubana. Podía ser similar porque contábamos con una amplia cobertura y teníamos los cerros del Tucumán hacia el norte con una vegetación”⁵⁹. Uturuncos, como experiencia de lucha armada, fue rescatada posteriormente como un hito por uno de sus objetivos: “superar la dependencia que teníamos con respecto a los militares”⁶⁰. Sin embargo, esto puede ser puesto en cuestión a partir de ciertos relatos que hablan de cómo se articularon ciertas iniciativas de los Uturuncos: “(E)staba el teniente coronel Iñiguez ... Iñiguez me dice: ‘salgan ustedes, que salimos después nosotros, porque necesitamos que el pueblo se levante para que el Ejército nos siga’ ... Él decía que disponía de fuerzas y que una vez iniciada la rebelión el Ejército se iba a levantar. Pero no se vio nada... tan es así que todavía lo estoy esperando al general Iñiguez”⁶¹. Salas (2006) respecto a este tema afirma: “(E)llos no eran absolutamente independientes para definir sus políticas. Lo eran en la medida de que por ese momento la resistencia era bastante inorgánica y se hacía bastante lo que se daba la gana, pero en cierto modo, para tratar de tener cierta efectividad trataban de coordinar con aquellos que tal vez no sean de la misma línea política que ellos tenían, como en el caso de Iñiguez”⁶². Si bien ello habla de cierto cambio en la relación con los militares peronistas, es dable pensar que más que como mera parte de una coordinación, la línea militar aun funcionaba como dinamizador de las posibles acciones a tomar. El mismo Serravalle reconoce la participación de militares no sólo en el pertrechamiento del grupo, sino también, que de alguna manera poseían aún en sus manos los aspectos decisivos y estratégicos. Sí se debería tomar nota aquí de dos aspectos. Uno, que los militares peronistas comienzan a aceptar cierta

recibido y era como decirle al zorro mira la gallina ... Claro, John William Cooke es el hombre que me regala una Parabellum ...”

⁵⁹ Entrevista telefónica con Felix Serravalle, 1999.

⁶⁰ Crónica de un resistente, citado por Gil (1988), pág 38.

⁶¹ “Entrevista con Félix Serravalle, el comandante Puma de los Uturuncos”, realizada por Julio Carreras (h) en febrero de 1998, en <http://www.elortiba.org/uturuncos2.html>

⁶² Salas (2006), pág 36.

autonomía de los grupos civiles, aunque no facilitan el armamento; estos se lo deberán procurar por medios propios. Otro, que la tibieza o ausencia de los militares en los momentos que tenían que demostrar su compromiso, comenzaron a funcionar como situaciones concretas que hicieron avanzar el proceso de ‘desmilitarización’. Lo que sí se advierte claramente en el caso de Uturuncos, es que había comenzado un cambio en la visión que se tenía sobre la duración del proceso de liberación y retorno de Perón: “Nadie espere de nosotros operaciones diarias ni golpes espectaculares, pues nuestra misión es liberar definitivamente a la nación, y ello es una tarea larga y penosa.”⁶³.

Yendo a otro tipo de registros, se observa un claro cuestionamiento al predominio de los militares en el tema armado, por ejemplo en instrucciones que circulan a principios de 1960. Aunque de incierta autoría –como muchos de los documentos y comunicados que circulaban por la época–, señalan sin medias tintas quién debería tener el principal lugar en la acción: “la realización de la gran insurrección en que los grupos clandestinos constituirán el núcleo alrededor del que se agrupan las fuerzas militares, al mismo tiempo que los sindicatos paralizarán el país”⁶⁴.

Quizás el replanteo más fuerte de la relación con el sector de origen militar de la Resistencia vino desde los sectores juveniles del peronismo, que firmemente comenzaban a manifestar la intención de construir una ‘fuerza armada peronista’. “En el caso de los oficiales, bueno, muchas acciones en realidad no emprendían, ellos estaban para el momento oportuno o para dar algún tipo de orientación técnica; pero el peso de la acción era llevado a cabo por la parte civil ... en nuestros contactos con los militares se entró en una especie de contradicción cada vez más profunda, por cuanto ya era evidente que no estaba en el ánimo de ellos proveer de armas y de medios a los compañeros, y a los grupos que estaban actuando. Además, empezaba un poco a romperse el mito de los dirigentes, de los militares heroicos”⁶⁵. En otros sectores, dicho planteo iba más allá: “Nosotros, acercándonos al año 60, empezamos a disentir con, o a matizar un poco, las cosas que Jautreche, José María Rosa y otros venían explicándonos en los cursos ... Empezamos a disentir con ellos en torno al tema del Ejército ... Llega un momento que empezamos a decir basta, basta de vendernos buzones y golpes de estado, y generales buenos, y

⁶³ Reportaje al Comandante Uturunco en un lugar del país, en Baschetti (1997), pág 175.

⁶⁴ Directiva Nº 1 . Febrero 1960. Presumiblemente emitida por Perón. Citada en James (1990), pág 200.

⁶⁵ “1958-1962”. Documento inédito. Archivo del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre. Sin fecha, pág 6.

toda esta historia que va al fracaso una y otra vez. Cuando no los hay, no hay más militares buenos”⁶⁶.

Nace una nueva caracterización de las fuerzas militares: “Empezamos a delinear un nuevo pensamiento que es el de las fuerzas armadas, el del ejército como fuerza de ocupación ... Si el ejército es una fuerza de ocupación, al ejército hay que reemplazarlo”⁶⁷. En consonancia con esta apreciación, vemos que la Juventud Peronista proponía a principios de 1961, la construcción de una fuerza armada “perfectamente organizada y adiestrada, que en el momento decisivo de la lucha sea capaz de enfrentar a las fuerzas de represión ... atacándolas y desgastándolas hasta derrotarlas. ELLO CONSTITUYE EN ESTE MOMENTO NUESTRO OBJETIVO. Alrededor de él gira la insurrección popular”⁶⁸. Pero no se debe confundir esta idea de 'ejército popular' con la que luego predominará y que estará inserta en una estrategia de guerra prolongada. Aquí todavía prevalece claramente la visión insurreccional, “Nosotros en todo caso éramos un detonante, nosotros siempre recogíamos aquella idea de Perón del pueblo como milicia armada, es decir el pueblo armado, la nación en armas”⁶⁹.

Desde estos sectores peronistas, las acciones en pos de este logro habían comenzado ya en 1960. En abril, un grupo juvenil ataca un destacamento aeronáutico en Ezeiza, con el fin de conseguir armas. Estas prácticas, llamadas de pertrechamiento, estarían marcando la nueva concepción del proceso de lucha; no está de más decir, que el grupo llevaba brazaletes con la inscripción EPLN, Ejército Peronista de Liberación Nacional⁷⁰.

Un punto a tener en cuenta, sería el de establecer qué influencia sobre este proceso de “desmilitarización”⁷¹ y construcción de un “ejército popular” tuvieron otras experiencias de lucha revolucionaria y de liberación, que se habían o estaban dando en el mundo y hacia las

⁶⁶ Entrevista a Jorge Rulli, 1998. Fue militante activo del sector de la denominada Juventud Peronista (JP) en los años '60 y principios de los '70.

⁶⁷ Idem.

⁶⁸ Revista *Trinchera*, Nro 5, pág. 7. Mayúsculas en el original.

⁶⁹ Entrevista a Jorge Rulli.

⁷⁰ En el caso de los Uturuncos también se observa ya la generación de simbología militar alternativa: Se nominaron como “Ejército de Liberación Nacional” y confeccionaron una bandera propia, que teniendo como base la insignia argentina, cambió el sol central por una ‘estrella federal’, flor representante de lo nacional.

⁷¹ Esta idea de “desmilitarización” está en relación a la dependencia del sector político al militar, dentro del movimiento y de la estrategia insurreccional, pero no implica de lleno una ruptura absoluta con la idea del trabajo político en las fuerzas armadas. Podemos ver en *Trinchera* (nro 17, 1962) el siguiente llamado: “Debemos hacerle comprender a los compañeros que cumplen el servicio militar, que sus armas deben estar al servicio de la causa del Pueblo. Deben ser instrumentos para el retorno de nuestro Líder. Herramientas de liberación. Custodios definitivos de nuestra Emancipación”.

cuáles algunos sectores del peronismo se estaban haciendo receptivos. Rastrear estos influjos en el heterogéneo movimiento peronista es difícil, pero podemos encontrar algunos indicios de aproximación, en la vida de la cárcel, durante el Conintes. Allí, algunos empezaron “a tomar contacto con la ideología revolucionaria a través de algunos libros que de alguna manera se hacían entrar”⁷². Según un militante juvenil de la época, los autores leídos iban desde Mao Tse Tung y Trotsky, a Primo de Rivera y Menahem Beguin. En la prisión, se afirma aún más la nueva visión y la opción de lucha tomada: “hacíamos lecturas comentadas ... en vez de estar esperando el golpe salvador y la pelotudez esa, nos permitía formarnos, para una lucha que preveíamos muy larga, para toda la vida.”⁷³.

La misma experiencia carcelaria tuvo además otros efectos, que allanaron dicho camino. Por un lado, allí empeoró la relación con los militares, muchos ahora presos: “Nosotros vamos aprendiendo a cuidarnos de ellos ... se hacían muy inconfiables para nosotros. Por ejemplo, los intentos de fuga; ellos no estaban de acuerdo –porque de alguna manera nosotros perjudicábamos al conjunto– con los intentos de fuga que organizábamos, y porque ellos siempre pensaban que de la cárcel íbamos a salir en ganadores, debido a un golpe de estado. Ahí entonces se nos daban conflictos graves, porque nosotros teníamos que convivir, engañarlos, y cuando hacíamos un intento de fuga, tratar de que no se enteraran. Eramos todos compañeros, pero sabíamos que nos podían llegar a delatar o que podíamos llegar a tener un problema”⁷⁴. Por otro lado, ‘socialmente’, ofició como condición para que se conozcan entre sí peronistas de todo el país, que provenían de distintas prácticas y lugares: “Ellos en el Conintes tuvieron un error, nos juntaron. Tomamos contacto en forma inmediata con todo el país y nos dimos cuenta que éramos muchos los que hablábamos de la vuelta de Perón”⁷⁵. Esto, para muchos activistas y militantes peronistas, significó la posibilidad de poder intercambiar opiniones sobre sus luchas desde el ‘55, identificar sus carencias (organizativas, falta de estrategia y otras) y establecer lazos entre activistas que adherían a la lucha armada.

⁷² “1958-1962”. Documento. Archivo del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre. Sin fecha, pág 1.

⁷³ Entrevista a Jorge Rulli

⁷⁴ Idem.

⁷⁵ Testimonio de Carlos Villagra, en Anzorena (1989), pág. 64. Esto es reafirmado en mi entrevista a Serravalle (1999): “-¿Ustedes se empiezan a conocer estando en la cárcel? -Claro, la resistencia realmente peronista se conoce en la cárcel. -¿Hasta ese momento no se conocen mucho? - Nosotros éramos los Uturungos, nada más”.

La lucha armada: del dicho al hecho ...

Llegamos a 1964. En agosto, en un clima donde todavía se percibe el clima provocado por el impresionante Plan de Lucha de la Confederación General del Trabajo (CGT) y se ve cada vez más firme el anunciado retorno de Perón al país, se lanza públicamente el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), en medio de 2000 delegados de todo el territorio nacional⁷⁶. El MRP sostenía en su Declaración de Principios, afirmaciones del siguiente tenor: “De hoy en adelante sabremos utilizar la lucha armada como método supremo de acción política ... el pueblo deberá oponer al ejército de ocupación del régimen sus propias fuerzas armadas y milicias obreras ...” y el compromiso “de forjar el ejército del pueblo que canalice la capacidad revolucionaria popular en la lucha contra el ejército de ocupación, permitiendo, junto con las milicias obreras, iniciar la lucha armada contra los sectores privilegiados nacionales e imperialistas, como forma de acción política”⁷⁷ ¿Significó esto una definida toma de partido por la línea armada dentro los sectores intransigentes del peronismo ? Veremos que las apariencias engañan.

Para mediados de 1963, en el peronismo reinaba una atmósfera tormentosa. Son tiempos donde el líder sindical Augusto Vandor está en la cumbre de su poder y comienza a disputarle la conducción a Perón. Éste decide darle batalla a partir de reflatar el ala combativa del movimiento, pero encubriendo este objetivo y poniendo en primer término el tema de su retorno. Nombra un nuevo delegado, Héctor Villalón, que “se instaló en Montevideo y empezó a convocar gente de distintos sectores, del sindicalismo, de la juventud, de la Resistencia, de los militares, de los sectores de la rama femenina, y bueno, fue armando ahí una estructura nacional, un poco hecho de arriba para abajo.”⁷⁸ Al principio, dicha iniciativa tuvo una gran convocatoria, anclada fundamentalmente en la lealtad a Perón, más que en definiciones políticas o ideológicas. En ella entroncaba perfectamente la idea de lucha armada que se venía propugnando: “bueno el esquema ... era una pluralidad ... era un modelo insurreccional, con una pluralidad de modos de lucha”⁷⁹. El plan cotejaba el lanzamiento de un frente político, el MRP y un frente armado, las

⁷⁶ Sin embargo, este número descende rápidamente: en un plenario de febrero de 1965, por poco superan los 100.

⁷⁷ Declaración de Principios. Movimiento Revolucionario Peronista. 5/8/64. Citado en Baschetti (1997) págs. 319-323.

⁷⁸ Entrevista a Gonzalo Chaves, 1998, militante juvenil de la Resistencia y luego militante sindical y dirigente de Montoneros.

⁷⁹ Entrevista a Jorge Rulli.

Fuerzas Armadas Peronistas (FAP)⁸⁰. Estas últimas, comienzan a estructurarse rápidamente bajo un modelo urbano de lucha armada, organizado por destacamentos, con presencia en casi todo el país y con un coordinador general, según los testimonios. Los frentes de reclutamiento eran la universidad (se armaban agrupaciones estudiantiles con una célula militar dentro), grupos de juventud peronista, grupos de barrio, algunos obreros sueltos y algunos intelectuales⁸¹. Las tareas de formación militar se emprenden por distintos caminos y todas llevan a contactos con otras experiencias: por ejemplo, un grupo viaja a entrenarse a China y luego dan clases de formación militar; también se cuenta con apoyo de activistas vinculados al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) peruano y con un grupo militar vinculado al Partido Socialista, que aportan armas y experiencia. En cuanto a las acciones realizadas, no son de gran envergadura. Consisten en pequeñas expropiaciones para mantenerse y algunos actos de pertrechamiento. Nunca se realizaron actividades de propaganda armada, pues “no estaba en la concepción”⁸².

Pero la concepción insurreccional, estaba ya sufriendo tensiones. La misma idea de ejército popular las expresaba: estaba pensada dentro del “modelo de los tres niveles: el movimiento nacional, el frente político y el ejército como la punta de lanza, que va a significar que tenga la conducción política”⁸³. En esta línea de pensamiento, el aspecto militar es el que pasa a marcar la política, se impone la guerra sobre la política. Y esta tensión con lo político, se trasladará a la relación entre las FAP y el MRP: “Empezamos a disentir cuando vemos que va predominando el aparato del MRP ... nosotros necesitábamos del aparato ... el MRP nunca se propuso ser el respaldo de las FAP. Incluso mucha gente que estaba en el MRP ignoraba que existieran las FAP ... nosotros creíamos que teníamos un aparato político de respaldo y a poco andar nos dimos cuenta que no sólo ese aparato nos ignoraba, sino que trabajaba hasta para que no se crearan las condiciones propicias para el lanzamiento que nosotros esperábamos ...”⁸⁴. Las diferencias con la ‘política’ no sólo se relacionaban con el definido vuelco hacia la lucha interna

⁸⁰ Estas FAP no tienen relación alguna con las FAP que en 1968 emprenden una estrategia de foquismo rural en la provincia de Tucumán.

⁸¹ En los primeros tiempos también se suma en pleno el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), formado a partir de un sector de Tacuara –grupo originariamente de extrema derecha– que vira a posiciones de izquierda.

⁸² Entrevista a Jorge Rulli.

⁸³ Idem. Aquí cabe aclarar, que no es la idea en sí de ejército popular la que provoca tensiones. Lo que está cambiando de fondo es una caracterización de la realidad y por ende del proceso necesario para la de toma del poder.

⁸⁴ Idem.

contra el vandomismo que había tomado el MRP; proviene también, del intento de avanzar sobre posiciones ideológicas, que ya se estaban planteando desde algunos sectores del mismo⁸⁵. Esto llevó a que no se establezca “una coordinación estratégica” -que quizás era imposible- y que cada sector, militar y político, acumulara en sentido propio, “nos dábamos cuenta que también había una lucha política para imponer nuestro plan”⁸⁶. Lucha que el sector armado pierde: durante toda esta experiencia, la totalidad de recursos que llegaban iban a fortalecer al MRP. Las FAP, se mantienen en funcionamiento hasta 1966, donde en una reunión, previa descompartimentación pues se funcionaba clandestinamente, un sector decide pasarse a lo político e incorporarse al MRP y los demás abandonan la organización, pero quedando en operación por cierto tiempo algunas pequeñas células.

Consideraciones finales.

La concepción de guerra popular prolongada que se torna hegemónica a fines de la década, empieza a tomar fuerza desde 1967. En ese año comienzan los preparativos para el lanzamiento de una guerrilla rural en el norte del país. Esta idea había ya calado –en 1964– en un pequeño grupo de peronistas, en su mayoría jóvenes universitarios, que se unen a los preparativos para una guerrilla que era impulsada por el grupo del ‘Vasco’ Bengochea, un sector de ex-trotskistas de Palabra Obrera que habían tomado posiciones foquistas. En agosto del mismo año, vuela un departamento en Capital Federal, donde mueren varios de ellos; el resto del grupo luego será apresado, por lo que el emprendimiento se posterga unos años.

Como pudimos ver, la política armada dentro de peronismo, se desmilitariza en cuanto a su composición social (deja de estar estratégicamente en manos de militares) y pasa a ser encarada por otros sectores sociales del peronismo. En éstos, no predomina lo que clásicamente denominamos composición obrera, pues si bien encontramos ‘trabajadores’ –sobre todo jóvenes– son muy pocos los que pasan de una experiencia sindical a las armas. Más bien hay una clara presencia de clase media baja y de pequeña burguesía.

Sin embargo, este cambio no deja de tener sus efectos: provocan transformaciones tanto en la visión del proceso de liberación, como en las acciones concretas: el proceso de lucha pasa a ser un largo camino, comienzan acciones en pos de enfrentar directamente a las fuerzas de

⁸⁵ Sobre todo del sector liderado por Gustavo Rearte, la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP).

seguridad, y ya no se confía en militares leales, hay que construir un ejército. Pero aquí, podríamos decir, se está manteniendo la impronta del golpismo, que por definición absolutiza la solución *manu militari*. Esto hace que la tensión que existía entre civiles y militares, manifiesta, por ejemplo, en lo referido a la entrega de armas, se traslade al interior de los sectores combativos del peronismo. Al gestarse dentro de un marco donde prima el modelo insurreccional de toma del poder, en el que prima *cedant arma togae*, la consecuencia será el abandono de dicho esquema por los sectores decididos a la lucha armada, que buscarán otro camino. Lo encontrarán luego en el foquismo, que soluciona la contradicción, subsumiendo la línea política a la armada.

Es a partir de este contexto que podemos pensar, que la primitiva idea de ‘ejército popular’ de principios de los sesenta llevaba latente la concepción de guerra popular prolongada, y en este fértil terreno, fácilmente echarán raíces las ideas del “foco”.

Bibliografía.

- AMARAL, Samuel - RATLIFF, William (1991); Juan Domingo Perón. Cartas del exilio. Buenos Aires, Ed. Legasa.
- AMARAL, Samuel y PLOTKIN, Mariano Ben (eds) (1993): Perón: del exilio al Poder, Buenos Aires, Cántaro Editores.
- ANZORENA, Oscar (1989); JP. Historia de la Juventud Peronista (1955-1988). Buenos Aires, Ed. Del Cordón
- BASCHETTI, Roberto (1997): Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970, Bs. As., Ed. De la campana.
- BERROTARAN, Patricia-POZZI, Pablo (1994); Estudios inconformistas sobre la clase obrera Argentina 1955-1989. Bs. As., Ediciones Letra Buena.
- CHAVES, Gonzalo y LEWINGER, Jorge (1998); Los del 73. Memoria montonera. Bs. As., Ed. De la campana.
- GALASSO, Norberto (1997); Cooke: de Perón al Che. Bs. As., Ed. Homo Sapiens.
- GIL, Germán (1989); La izquierda peronista (1955-1974). Bs. As., CEAL.
- GILLESPIE, Richard (1989); John William Cooke. El peronismo alternativo. Bs. As., Cántaro.
- GILLESPIE, Richard (1988); Soldados de Perón. Los Montoneros. Bs. As., Grijalbo.
- JAMES, Daniel (1990); Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora Argentina 1946-1976. Bs. As., Sudamericana.
- PERON, J.D. - COOKE, J.W. (1985); Correspondencia I y II. Bs. As., Ed. Granica.
- SALAS, Ernesto (1990); La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre/1 y 2. Bs. As., CEAL.

⁸⁶ Entrevista a Jorge Rulli.

SALAS, Ernesto (2006); Uturuncos. Los orígenes de la guerrilla peronista (1959-1960), en <http://www.ultimorecurso.org.ar/drupi/node/211>